

Conferencia del catedrático González Anleo en la Semana de Teología

LOS ESPAÑOLES SE CONFIESAN MAYORITARIAMENTE CATOLICOS



Juan González Anleo, durante su conferencia.

**Aumenta, sin embargo,
la indiferencia religiosa,
especialmente
entre los jóvenes**

La Semana de Teología, que organizan conjuntamente la Asociación Católica de Propagandistas y la Fundación Universitaria San Pablo, versó, este año, sobre la dimensión trascendente de la cultura moderna. El desarrollo de esta Semana constituyó un éxito, tanto por el prestigio intelectual de los conferenciantes como por la alta y cualificada participación de los asistentes. En estas páginas recogemos el texto íntegro de la conferencia del profesor Juan González Anleo y resumimos los contenidos de las otras tres conferencias.

ESPAÑA CONTINUA SIENDO UN PAIS CATOLICO

Aumenta, sin embargo, la indiferencia religiosa, especialmente entre los jóvenes.

Conferencia del catedrático Juan González Anleo en la Semana de Teología.

España continúa siendo un país católico, si bien, la secularización avanza rápidamente entre la población, especialmente entre los jóvenes, según los datos que se desprenden del estudio «Religión y sociedad en la España de los 90». Dicho estudio ha sido elaborado por los sociólogos Pedro González Blanco y Juan González Anleo, y patrocinado por la Fundación Santa María.

Uno de los autores de este estudio, Juan González Anleo, catedrático de Sociología de la Universidad de Alcalá de Henares, intervino en la Semana de Teología que se celebró del 6 al 9 de abril en los locales de la A. C. de P. de Madrid. El profesor González Anleo tituló su conferencia: «¿Qué creen los españoles hoy?». Por su interés publicamos íntegra esta conferencia cuyo texto fue grabado y revisado por su autor.

Al sociólogo le interesan, siguiendo al maestro Max Weber, los significados implícitos, incluso a veces recónditos en toda acción social, pues los actores sociales somos hombres de cultura y los actores sociales damos sentido a nuestra existencia y a nuestra acción mediante los significados

y los valores. Nos interesa también a los sociólogos de la religión y a los sociólogos en general la dimensión superior de la conciencia, los simbolismos y las representaciones religiosas, las visiones del mundo con que cada grupo cultural, cada grupo social, cada sociedad vive sus trascendencias y toma postura ante ese mismo mundo. Nos interesa finalmente los sentidos subjetivos que se despliegan y expresan en las formas de eclesialidad institucional, también fuera de la eclesialidad institucional y en las formas culturales y rituales.

Las creencias religiosas, el tema de mi ponencia, constituyen el eje del compromiso cristiano, hasta el punto de que una buena definición que debemos a Stark y Glock identifica al creyente cristiano como una persona que acepta y reconoce una realidad sobrenatural y que concibe lo sobrenatural en términos histórico-cristianos: un Dios personal, un Salvador Divino y una vida más allá después de la muerte.

En seguida me referiré, en la primera parte de mi ponencia, a eso que podríamos llamar el núcleo duro de la fe cristiana y a las actitudes de los españoles ante él, pero permítidme que os someta aquí una hipótesis de los mismos autores, los americanos Stark y Glock, que acabo de mencionar. Hipótesis que creo muy apropiada a una ponencia pórica de un ciclo de teología. La pretensión implícita de algunos teólogos, dicen estos autores sociólogos, de que el aferrarse hoy a la ortodoxia tradicional es un obstáculo a la auténtica comprensión de la verdad cristiana y, al mismo tiempo una razón del aumento de indiferentes y marginados religiosos, lo que llama Joaquín Gomís «los cristianos del umbral», es teología superior, pero sociología inferior. Y dan dos razones: la primera es que la variable clave de la religiosidad, es la aceptación y vivencia de esas tres convicciones sobrenaturales que acabo de citar; y la segunda es que el hombre de la calle tiende a definir su identidad religiosa en términos de la teología tradicional y ortodoxa, y suele ignorar, para bien o para mal, las refinadas redefiniciones de la teología moderna.

Esta atrevida hipótesis es aplicable sobre todo al mundo protestante, pero puede guiar mi exploración por el universo de las creencias de los españoles. Una aseveración de Bloom en su conocido estudio sobre la «Clausura del alma americana» añade fuego a esta hipótesis. Afirma Bloom (su libro es del año 87), que mientras ha subido, como una flecha, el respeto por lo sagrado, lo que ha generado una nueva cultura sin suelo nutricio espiritual, ha descendido la religión verdadera que propone una explicación del mundo, proporciona material precioso para la búsqueda de una naturaleza verdadera de las cosas y facilita el acceso a un cosmos moral integrado por las recompensas y castigos que se derivan del bien y del mal. Sin esa religión religante a Dios, sin ese Libro, dicen Stark y Glock, que la funda y que nos convierte en protagonistas con adversarios que combatir y con hazañas que realizar, «el mundo se convierte —es frase conocida— en una historia contada por un idiota, llena de estrépitos y de furor sin sentido alguno».



El director de la Escuela de Teología, Juan María Laboa, en el momento de presentar al conferenciante, profesor González Anleo. En el centro, el presidente de la A.C. de P., Alfonso Ibáñez de Aldecoa.

Dejemos a un lado el tono algo panfletario del discurso de Bloom y centrémonos en las creencias de los españoles. El contexto en que se despliegan estas creencias es el de una gran migración espiritual de nuestro pueblo, desde una situación de religiosidad algo inflacionista en los años 50 y 60 a otra situación plural en la que convive una mayoría católica del 53 %, mínima mayoría, con un 19 % de católicos nominales, un 20 % de indiferentes y un 5 % de ateos declarados. Estos últimos, los ateos declarados apenas crecen en los últimos años, incluso en las últimas décadas.

Lo llamativo es la explosión de indiferencia religiosa que afecta ya a la quinta parte de la población española. Pero la indiferencia religiosa producto de las guerras religiosas del pasado y de las querellas actuales entre pastores y teólogos, de la segmentación y parcelación de la sociedad actual en la que nadie puede intentar abrazar todos los ámbitos vitales a la vez, del pluralismo que pone al mismo nivel todas las creencias y multiplica la oferta espiritual y, por tanto, la competencia de todo tipo de ideas en el supermercado del «espíritu», es un híbrido religioso cultural, asegura Valadier, en el que hay que distinguir indiferentes en una etapa de la vida, pero no en otra; con sensibilidad a la liturgia, pero no a los dogmas; con apego

a ciertas prácticas religiosas, pero con un y claro y voluntario desenganche eclesial, y con alergia a la militancia religiosa, pero con una apertura a determinadas creencias.

CINCO TIPOS DE RELIGIOSIDAD

La creencia clave que diferencia a los cinco tipos de religiosidad estudiados en la investigación «Religión y Sociedad en la España de los 90», en la que me basaré especialmente en esta ponencia, es la relativa, a la religión verdadera.

Los católicos fieles. He llamado católicos fieles a los que se declaran, con bastante arrogancia (son muy poquitos gracias a Dios), «muy buenos católicos», y a los católicos practicantes dominicales. Los católicos fieles abrazan, con mayoría absoluta, la tesis tradicional de que la religión verdadera es la católica o la cristiana.

Los católicos ocasionales se distribuyen aproximadamente en tres tercios. Un tercio abraza la tesis católica: «la única religión verdadera es la católica». Un 22 por ciento abraza la idea cristiana «la religión verdadera es la cristiana» y un 28 % que podríamos llamar no confesionales, para



Juan María Laboa, director de la escuela de Teología.

los cuales existen verdades y principios que se encuentran más o menos por igual en todas las grandes religiones.

Los católicos nominales, los no practicantes, se inclinan mayoritariamente a la postura de que solamente hay verdades y principios fundamentales que pueden encontrarse en todas las grandes religiones. Entre esos católicos nominales, muy abundantes en España, aunque están descendiendo, sólo una cuarta parte siguen convencidos de que la religión verdadera es la católica y/o la cristiana.

Los indiferentes, ese híbrido religioso-cultural, al que antes me he referido, revela dos tendencias muy fuertes: la primera es que hay verdades y principios fundamentales que pueden encontrarse en todas las religiones, y la segunda, una religión única y verdadera.

Los ateos se caracterizan por una defensa de la tesis de que no hay una religión única y verdadera, aunque una fuerte minoría, curiosamente, se aferra a la idea de la existencia de verdades y principios que pueden encontrarse por igual en todas las grandes religiones.

TRES GENERACIONES

La gran brecha en el mapa religioso español no es hoy debida a factores de clase o a factores de política; se ha roto la vieja ecuación católicos igual a derechas o católicos igual a burgueses de derechas, que era todavía más fuerte. Tampoco es debido esta brecha a las tradiciones regionales, aquellas que pretendían la existencia en nuestro país de dos Españas: un Norte cristiano frente a un Sur menos cristiano, algo folclórico, etc. Tampoco se debe a factores económicos o factores ocupacionales. La gran brecha, y para mí la brecha temerosa, es la edad.

Se perfilan en nuestro mapa religioso tres generaciones marcadas por tres acontecimientos, siguiendo la vieja me-

todología del maestro Ortega y de Julián Marías: La Guerra Civil, el Concilio Vaticano II y el cambio democrático. La Guerra Civil da origen a una generación, que yo he llamado generación del «nacional catolicismo». El Concilio Vaticano II, el acontecimiento al que habría que añadir las diversas revoluciones culturales, que tuvieron lugar en Europa y sobre todo en Estados Unidos a finales de los años 60 y en los 70, dar lugar a la «generación del Concilio». Finalmente, a la generación que empezó a vivir hace relativamente muy poco tiempo, marcada por el cambio democrático en España, la llamo «generación del Cambio». Conviven por tanto tres generaciones: la generación del Nacional-catolicismo, la generación del Concilio y la generación del Cambio.

En la primera generación, los mayores de 45 años, el tanto por ciento de católicos fieles —católicos que se declaran o muy buenos católicos o católicos practicantes— es del 43 % y la proporción de ateos más indiferentes cristianos es de un 3 %. En ese grupo, entre los católicos de esa generación, que son evidentemente mayoría, aceptan el dogma de un Dios Creador las tres cuartas partes; aceptan el dogma de Jesucristo Dios las tres cuartas partes y algo menos, un 56 %, aceptan la existencia de una vida después de la muerte.

En la segunda generación, la generación del Concilio, entre 22 y 45 años, el tanto por ciento de católicos fieles ha bajado del 75 al 19 por ciento. El tanto por ciento de indiferentes y ateos ha subido al 30 %; la tercera parte de esta generación se declaran a sí mismos indiferentes, y un pequeño porcentaje, ateos. Entre los católicos de esa generación, el 54 por ciento cree en Dios; el 58 por ciento, cree en Jesucristo; y el 37 por ciento cree en la vida después de la muerte.

Y pasemos a la tercera generación, esa generación en la que tantos, obispos sobre todo y algunos pensadores, como Julián Marías y Olegario González de Cardenal ponían tantas esperanzas, la generación que nació libre para elegir porque ya no estaba sujeta a presiones sociales, a tradiciones excesivamente fuertes incluso a obligaciones institucionales. Esa generación, la de los jóvenes más jóvenes, presenta ya un porcentaje de católicos fieles, de católicos practicantes muy pequeño: el 15 %, lo que supone uno de cada seis jóvenes, mientras que el porcentaje de indiferentes y ateos es alto: el 38 %. Entre los católicos de esta generación juvenil el 53 por ciento cree en un Dios Creador; el 58 por ciento en un Jesucristo Dios, y el 39 por ciento en una vida después de muerte.

DOS SUBCULTURAS ETICAS

Las cinco posturas básicas ante el hecho religioso caracterizadas como acabamos de ver por muy diferenciados niveles de creencias que podríamos llamar nucleares —Dios Creador, Jesucristo Dios y la vida después de la muerte— son mucho más que etiquetas, pues van acompañadas de una cultura ética muy contrastada, hasta el punto de que, con prudencia y cautela, puede hablarse de dos subculturas éticas en nuestra España de hoy, delimi-



Durante los cuatro días que duró la Semana de Teología, todas las conferencias suscitaron un gran interés por parte del numeroso grupo de seculares y de religiosos que asistieron a las mismas.



tadas por la presencia o ausencia de la práctica religiosa. De un lado, los fieles y los católicos ocasionales, católicos de Semana Santa, católicos de Navidad, católicos de fiestas patronales; y de otro lado, los católicos nominales, que, no practican en su inmensa mayoría, los indiferentes y los ateos.

Entre los católicos fieles y ocasionales, el índice de permisividad global ante comportamientos inmorales o desviados (el aborto, el divorcio, el fraude, los impuestos, el adulterio, la eutanasia, el robo de coches) es de 1,54 en una escala de 1 a 10, prácticamente de rechazo generalizado, con muchas diferencias dependiendo del tema que se plantee.

En la segunda subcultura ética, la que parece herencia de los católicos nominales, de los indiferentes y de los ateos, el índice de permisividad, es de 3,07, el doble de la de los católicos fieles y de los menos fieles, los ocasionales.

La discrepancia de estas dos subculturas es particularmente aguda en todos los tipos de comportamientos en los que está implicada la disponibilidad sobre el propio cuerpo y sobre sus funciones (aborto, eutanasia, relaciones sexuales, adulterio, que piadosamente se llama «relaciones fuera del matrimonio» en los estudios del Sistema Europeo de Valores).

LA CREENCIA EN DIOS

Profundicemos en la actitud frente a las creencias del núcleo de la fe católica: Dios y la postmuerte, puesto que son los dos núcleos sobre los cuales poseemos mayor cantidad de datos fiables.

La creencia en Dios es afirmada por un 80 % de españoles, entre los que hay algún indiferente e incluso algún ateo, no tan férreo en sus convicciones. En toda creencia hay una triple dimensión: la cognitiva, sobre aspectos descriptivos o existenciales contenidos en la creencia; la afectiva, sobre la deseabilidad o no sobre el objeto de la creencia, y la comportamental, sobre las acciones a las que conduce la creencia con entidad e intensidad diversa.

En la creencia Dios, realidad radical, el componente afectivo se trasluce en dos datos procedentes de diversos estudios, además del realizado por la Fundación Santa María: «Religión y Sociedad en la España del 90». Estos dos datos son relativos a la importancia de Dios en la vida personal. En una escala de 1 a 10, Dios recibe una estimación de 1 a 3, del 17 por ciento de los españoles; de 4 a 7, del 33 por ciento y de 8 a 10 del 47 % . Esta importancia de Dios no significa, sin embargo, una atención muy alta a su persona. La mitad de los españoles confiesan que piensan con escasa o nula frecuencia en Dios cuando están solos, y sólo una quinta parte elevan esa frecuencia a mucha o bastante.

Sin embargo, y curiosamente, el tanto por ciento de españoles que rezan parece que es considerable. No hay datos para saber de que tipo de oración se trata y tampoco

a qué Dios o entidad sobrenatural se dirige. Casi la mitad de los españoles declara que lo hace una vez por semana con mayor frecuencia, mientras que el 30 % no rezan nunca o prácticamente nunca.

¿En qué Dios creen los que se confiesan personas religiosas? Dejando al margen dos grupos muy pequeños, el que dice que Dios es una invención de los curas (2 por ciento), y el de los larvados agnósticos que dicen que no se puede decir nada de Dios, y el de el grueso de los católicos españoles se distribuye en tres grupos muy similares en sus dimensiones porcentuales, en torno a un 25 %: Un 28 por ciento concibe a Dios como Ser Supremo; un 25 por ciento, como Padre que nos ama, y otro 25 por ciento, como Ser Todopoderoso y Juez.

En «Cien españoles y Dios» de Gironella se ven las evoluciones de los famosos y la mayor parte de ellos tenían una idea mucho más en la línea del Ser Supremo y muy pocos hablaban de El como un Padre que nos ama; lo hace ahora la cuarta parte de los católicos y es un dato muy positivo, pues supone un enriquecimiento del concepto de Dios, siendo Andalucía la Comunidad Autónoma en la que es más alto este porcentaje, atribuyéndose a la influencia del catolicismo popular.

SOCIEDAD RELIGIOSA

Una penúltima palabra sobre la creencia en Dios. Somos con Italia el país europeo que más cree en Dios, en torno a un 80 %. Aunque en España el tanto por ciento combinado de ateos y de agnósticos es relativamente alto, un 13 %, sólo superado por el 19 % de Francia, debido a nuestra fuerte herencia de anticlericalismo, la situación religiosa de la mayoría de los países europeos nos autoriza a considerarnos como sociedad religiosa.

Hay que recordar que en España se celebran todos los fines de semana entre 60.000 y 70.000 misas, a la que asisten con absoluta voluntariedad unos 9 millones de españoles que durante tres cuartos de hora celebran el sacrificio de la Eucaristía. No hay ninguna institución ni asociación en la vida española que pueda pretender tener una población «cautiva», pero absolutamente voluntaria que acepta un mensaje y realiza un rito tan significativo como es el de la Eucaristía. Somos una sociedad religiosa, sobre todo sin nos comparamos con las altas cifras de ateos, de agnósticos, de personas no religiosas en países europeos. En efecto, el tanto por ciento de personas que se consideran religiosas en nuestro país es del 68 %, de las más altas de Europa, por debajo solamente de Italia (87 por ciento), Irlanda (77 por ciento) y Grecia (85 por ciento). Destacamos sobre todo por encima de Suecia (38 %), Holanda y Dinamarca (48 %) y Francia (50%).

VIDA DESPUES DE LA MUERTE

La creencia en una vida después de la muerte es mantenida por algo más de la mitad de la población española,

aunque haya una tercera parte que se pronuncia rotundamente por el no. Ante la muerte de un ser querido se disparan las divergencias. Una cuarta parte se pronuncian por el final definitivo; una tercera piensan en un tipo de existencia desconocida, como la reencarnación (25 %) y un 40 % piensan en la existencia prometida por Dios a los creyentes. A mayor edad, más crece la creencia en una solución cristiana, pero no exageradamente. Un estudio americano de los 80 ha probado la debilitación de la correlación entre mayor edad y mayor creencia en la existencia ultraterrena y sugiere, a la vista del dato, «que un factor compensador del envejecimiento personal (la creencia en la vida eterna) ha dejado de tener un atractivo especial para los mayores y que este fundamento tradicional de la religiosidad personal puede estar llegando a su fin». Entre los españoles, la creencia en la vida ultraterrena se apoya y a la vez alimenta una praxis todavía muy sólida: «los ritos de despedida». El 71 % de los españoles declara que les gustaría recibir los últimos sacramentos y entre los católicos la Extremaunción es valorada como la Comunión, lo que planteará más de un preocupación a los pastoralistas y sacerdotes, que se muestran reacios a la administración del Sacramento de la Extremaunción, quizá por presiones de la familia. Y a pesar de la secularización de la muerte, tránsito radical en la que una serie de muertecillas silenciosas y técnicas ha reemplazado al antaño dramático momento de la muerte, la inmensa mayoría de los católicos españoles siguen optando por un entierro con ritos católicos; sólo un 1 % dice no desearlos.

RUPTURA DE LAS CREENCIAS

La fe es, prioritariamente, una adhesión individual a las creencias de su grupo religioso, pero en las religiones fuertemente institucionalizadas, como la católica, hay que distinguir un nuevo nivel en el universo de la fe, la doctrina, en la que la fe comunitaria recibe un mínimo o un máximo de formulación sistemática. Un rasgo novedoso en la evolución del universo de la fe católica entre los españoles se refiere al acoso sufrido por el aparato doctrinal de la iglesia. Lo expresó el discutido cardenal Ratzinger hace unos años. Sintetizo su pensamiento: «El Vaticano II no quería cambiar la fe sino reproponerla de una manera más eficaz. El diálogo sólo es posible sobre la base de una identidad indiscutible. Muchos católicos se han abierto sin filtro y sin freno al mundo y a su cultura, al tiempo que se interrogaban sobre las bases mismas del «Depositum fidei» que para muchos han dejado de ser claras».

De esta apertura dan fe los datos de las investigaciones de sociología de la religión en todos los países cristianos y en el nuestro. Frente a las tradicionales e inevitables dudas de fe, frente a los rechazos parciales o globales de la misma, lo que aparece hoy en las encuestas y en las investigaciones es una novedosa doble ruptura, la de los modelos tradicionales de transmisión de la fe y la del edificio o sistema de creencias.

La primera, la de los modelos clásicos de transmisión de la fe, equivale a una ruptura en el proceso tan delicado de socialización de las nuevas generaciones. Un primer dato, en el año 75, en el Informe Foessa, hablaba, por primera vez, de madres secularizadas, que o no transmiten contenidos religiosos o sólo transmiten lo que juzgan más adecuado para el desarrollo personal de sus hijos. Una escatología pura y fuerte, que presupone hablar de culpa, sacrificio y abnegación, no es transmitida por esas madres, «preocupadas» por el desarrollo de la personalidad de sus hijos.

Un segundo dato se refiere a la escuela católica y a la enseñanza religiosa en las escuelas públicas con serios acosos o importantes ausencias.

Un tercer dato, la valoración que hacen los jóvenes sobre la iglesia católica en cuanto transmisora de mensajes. En la encuesta de la juventud de 1989 se preguntó cuáles eran los lugares donde recibían las noticias fundamentales sobre su trabajo, concepción del mundo, etc. Los jóvenes españoles situaron a la Iglesia católica en el sexto lugar en cuanto a agencias transmisoras de mensajes importantes, después de la familia, amigos, libros, medios de comunicación de masas, centros de enseñanza y al mismo nivel que la política. Esto es lo grave.

El cuarto dato, que procede del estudio «Religión y Sociedad en la España de los 90», se refiere a la valoración que hacen los católicos españoles de las homilías. La mitad de los católicos españoles juzgan que están alejadas de la vida y que no convencen.

La segunda ruptura se refiere al noble edificio de las creencias religiosas y especialmente a siete dogmas que nos son a todos conocidos. He aquí los siguientes datos:

Dogmas	% creen firmemente	Con dudas
— La creación del mundo por Dios	64	18
— La divinidad de Jesucristo	66	15
— La existencia del cielo	52	23
— La existencia de un alma inmortal	49	23
— La existencia del infierno	32	23
— La existencia de la vida después de la muerte	44	23
— La infalibilidad del Papa	27	23

Hay un rechazo apreciable, para los católicos españoles, a dos dogmas: la infalibilidad del Papa y el Infierno. Este rechazo tiene una correlación psicológica en la no aceptación del pecado: el 34 % de los españoles no creen en el pecado y a su vez hay una inversión prácticamente simétrica en la recepción del Sacramento de la Penitencia. En su infancia, el 76 por ciento de los españoles se confesaban

semanalmente; hoy lo hace el 6 % de los españoles. Y en aquel entonces no se confesaba casi nunca el 9 %; hoy es el 73 %. El 36 % de los católicos afirman que no se confiesan nunca.

El Sacramento de la Penitencia está muy relacionado con la fe, es un Sacramento, como nos recordaba Martín Patiño, lleno de sentidos (sentido de la culpa, sentido de la gracia, sentido del perdón, sentido de la salvación, que son sentidos existenciales, profundos de la vida cristiana). Y ese Sacramento es, al mismo tiempo, un espacio privado de negociación de la identidad católica: entre el confesor y el penitente se establece una negociación en la que se negocia el tránsito de pecador a salvado, de pecador a redimido. Este instrumento de negociación de la personal identidad católica está hoy bajo mínimos. Y, si de algo hay déficit hoy en la religiosidad española, es de una identidad cristiana vigorosa y vigorizante.

LA FIDELIDAD A LA IGLESIA

La creencia en la Iglesia tiene aspectos de fidelidad, de adhesión y compromiso, de identificación con la comunidad de fieles. Los españoles creen en una Iglesia de masas, sin excesivas exigencias, que incluya a todos. Piensan así las dos terceras partes de los españoles. Esta visión se contraponen con la del clero, del cual más de la mitad de inclina por una Iglesia de minorías ejemplares, visión que también es compartida, aunque con menor intensidad, por los «muy buenos católicos», minoría insignificante, de carácter algo integrista.

Los católicos españoles creen y prefieren una iglesia adaptada al mundo actual. En esta preferencia coinciden casi todos los grupos e insisten los de mayor nivel educativo y los más fieles e identificados con la iglesia. No sabemos en qué puede consistir esa adaptación preferida; sabemos que, a la hora de señalar los aspectos de la Iglesia católica más negativos, sobresalen tres, criticados por casi la mitad de los católicos españoles y por grupos minoritarios pero representativos del mismo clero. Estos aspectos criticados por la Iglesia son los siguientes: Su postura ante el control de la natalidad (43 por ciento). Su excesiva riqueza (47 por ciento) y su apego excesivo al pasado (45 por ciento).

La iglesia en la que creen los católicos españoles ofrece un perfil valorativo de contrastes moderados. Así los rasgos más valorados son el encuentro con Cristo y con los hermanos que en ella se produce; su defensa de la familia y su intervención beneficiosa en la educación de los hijos.

Los rasgos de valoración media, con reservas y cautelas, y con matices según la religiosidad personal, son el papel de la Iglesia como abogada de los débiles y oprimidos; su función profética ante los políticos y su magisterio de vida y de donación de sentidos existenciales.

El techo normativo de la Iglesia disgusta a no pocos católicos españoles, sobre todo su postura ante el control de la natalidad. El trabajo del CIRES de 1990 cuantificó la adhesión de los españoles a lo que se llamaba las opiniones de Juan Pablo II sobre diversos temas. ¿Resultado de esta cuantificación?. Sólo el 30 por ciento están de acuer-

do con el rechazo del Papa al divorcio, la cuarta parte con su condena a los anticonceptivos no naturales, el 28 % de acuerdo con su no al matrimonio de los sacerdotes, y hasta un 42 % de acuerdo a su condena total al aborto en todos los sentidos.

La brecha es profunda entre el techo normativo que propone Juan Pablo II y el deseado por las tres cuartas partes de los españoles, la Sociología se limita a dar cuenta de la brecha y a recordar que siempre ha habido brechas en la adhesión de los católicos a las pautas normativas de la Iglesia en todos los siglos.

FUERZA Y TESTIMONIO DE LA FE

Casi la mitad de los españoles afirman que en el momento de tomar decisiones de mucha importancia les preocupa sus creencias religiosas. Más que sus amigos, más que la opinión de la gente, pero menos que su familia, su propia autoconsideración o su provecho personal. La influencia de las creencias religiosas no siempre es consciente. Nuestro estudio ha notado profundas diferencias entre creyentes fuertes, creyentes débiles y no creyentes en relación con el mundo de los valores y de los sentidos. Los creyentes fuertes tienden a afirmar la existencia de líneas absolutas sobre el bien y el mal en una proporción más que el doble que la de los creyentes débiles o los no creyentes.

El sentido de la vida es neto para la casi totalidad de los creyentes fuertes, pero sólo para las tres cuartas partes de los no creyentes. La satisfacción y la felicidad son notoriamente más altas entre los creyentes fuertes que entre los débiles o los no creyentes. Y, finalmente, la existencia de metas satisfactorias que realizar en la vida es reconocida por las tres cuartas partes de los creyentes, fuertes pero sólo por la mitad de los no creyentes.

Si vale o no vale un gran esfuerzo individual reavivar las creencias religiosas de una sociedad es tema sobre el que la sociología de la religión poco tiene que decir, aunque una masa considerable de datos sobre el comportamiento privado y público de los creyentes comprometidos avalen la hipótesis afirmativa.

Sobre lo que no cabe duda alguna es que sobre el testimonio de la propia fe es parte esencial del compromiso cristiano. En España, según el estudio del CIRES, hablan con mucha frecuencia de temas religiosos con sus familiares el 40 % y más de la mitad con sus amigos. Es una práctica que, perdido ya en buena parte el complejo de inferioridad de los católicos españoles, merece la pena estimular. Ante una persona con fe sincera la reacción más frecuente en España es el respeto, seguido del interés abierto al diálogo. Y entre los ya creyentes, la alegría que refuerza la búsqueda propia de la religión. Sólo los ateos expresan con alguna fuerza alguna reacción negativa. La envidia a la fe del otro es poco frecuente entre nosotros. Desde una perspectiva cristiana los provocadores de este tipo de envidias, ante el testimonio de la fe sincera del otro, son una especie privilegiada de católicos de los que la Iglesia tiene hoy una urgente necesidad.